

encuentran los mas nobles sentimientos; pero no debeis desesperar, pues llegará quizás pronto el dia en que tendreis el placer de estrecharlos entre vuestros brazos, y entónces vuestro goce se duplicará, porque lo que mucho se ambiciona, cuando se llega á poseer, causa un contento indefinido, cuya intensidad no podré explicaros. En lugar, amigo mio, de dejaros abatir por tristes pensamientos, cuando estos os asalten, debeis al momento hacerles la guerra, y ponerlos á pensar en el inmenso contento que recibirán vuestros padres el dia en que, al reconocerlos, os estrechen tiernamente sobre su corazon, llenos de orgullo, al encontrar en vos un hijo tan ilustre.

—¡Oh, Milord, le dije, no podeis comprender cuanto bien me hacen vuestras palabras! Ellas abren ante mí un porvenir mas risueño, y me llenan de la mas dulce esperanza.

—Sí, Genaro, combatid continuamente los pensamientos amargos con imágenes gratas, y vereis como sois entónces ménos desgraciado.

Iba yo á contestar á Milord, cuando D. Mariano, que se habia separado un instante de nosotros, vino á interrumpir nuestra conversacion, y dirigiéndose á él le dijo.

—Con gusto he observado que os agrada ha-

blar con este muchacho, ¿cómo lo encontráis? qué os parece mi jóven amigo?

—D. Mariano, no podeis comprender la inmensa simpatía que Genaro ha inspirado en mí en un momento. He conocido que no se puede confundir con el comun de los otros jóvenes de esta época; que su educacion es completa; que tendremos pronto en él á uno de nuestros mejores abogados, y además un hombre lleno de sentimientos tan nobles y finos, que no podrá ménos de sobresalir con ellos. ¿No es esa vuestra opinion?

—La misma, Milord; veo con mucho placer que hemos formado sobre Genaro un mismo juicio; pero si os parece vamos á dar una vuelta por los corredores, donde hablaremos de él, porque aquí en su presencia, estarlo llenando de elogios, no es muy prudente, añadió con cierta songa; no sea que se vaya á enorgullecer mas de lo debido, ¿verdad, Genaro?

Yo sonreí, mas luego, queriendo en alguna manera marcar mi gratitud á D. Mariano, tomé brevemente la palabra diciendo.

—Milord, lo que D. Mariano teme, no podria suceder nunca, porque vuestros elogios no hacen mas que llenarme de confusion; comprendo demasiado que, sin la decidida proteccion de D. Mariano, mi suerte habria sido muy distinta; porque en me-

dio de un mundo tan lleno de egoismo, jamás habría podido sobresalir el pobre Genaro.

D. Mariano me hizo callar.

—Vamos, me dijo, no andes con alabanzas que no merezco realmente; tú siempre empeñado en llenarme de elogios, cuando disto mucho de llegar á ellos.

—Señor, por Dios, no queráis encubrir vuestro mérito y los inmensos beneficios de que me habeis llenado; nó, aunque vos los queráis encubrir, mi voz siempre se hará oír muy alto, para manifestar á todo el mundo lo que debo á mi segundo padre.

D. Mariano se conmovió al escuchar, el fuego con que yo me expresaba, y no pudiendo contenerse me abrió los brazos en los que me arrojé.

Milord nos contemplaba igualmente conmovido, y aún pude notar que hacia grandes esfuerzos para disimular su emoción.

D. Mariano tenía embargado el uso de la palabra, y con grande esfuerzo, en medio de su creciente emoción pudo desprenderse de mis brazos, tomar el de Milord, é invitarlo para salir al corredor, como lo deseaba poco antes.

Milord aceptó, y poco despues los dos buenos ancianos me abandonaban y se dirigian á conversar de mí, á llenarme de elogios.

No era yo pues tan desgraciado. Lo comprendí así en aquellos momentos.

Muchos de los jóvenes que habia en la reunion, se acercaron á mí entónces llenándome tambien de elogios, aunque ménos vivos que los de Milord y D. Mariano, y emprendieron conmigo variadas conversaciones.

Eran ya las doce de la noche, cuando un sirviente vino á anunciar que nos esperaban en el comedor á cenar; entónces, ántes de dirigirme á él, pasé mi vista por el salon, para ver si distinguia en él á Leonor.

Se hallaba por fortuna, cerca de Clara, y ambas conversaban acaloradamente; hubiera dado algo por ser testigo de aquella conversacion, por escuchar al ménos un momento lo que en ella se trataba, porque mi corazón me aseguraba hasta cierto punto, que se hablaba de mí; y esto, como se comprenderá, me interesaba demasiado; pero no era posible en este punto cumplir mi deseo, y fuerza era resignarme á esperar, porque con el tiempo todo lo podria saber por medio de mi querida y simpática amiga Clara.

Entónces, pues, aprovechando los momentos, antes de que alguién fuese á apresurarse primero que yo, y me arrebatase la dicha que ambicio-

naba, me dirigí á ellas, y saludándolas con respeto:

—Señorita, dije, dirigiéndome á Leonor, ¿me honraris con vuestra compañía?

La jóven pareció vacilar un momento, mas en seguida pasó su brazo trémulo por el mio, y volviéndose á Clara.

—Ven, le dijo, quiero estar á tu lado.

Clara tomó entonces mi brazo, y yo que comprendí que lo que Leonor evitaba era estar sola conmigo, concebí alguna esperanza, porque ese temor solo existe donde hay algun germen de cariño; donde solo reina la indiferencia no se teme.

Alentado con este pensamiento, me dirigí al comedor acompañado de las dos mujeres á quienes mas amaba en el mundo; una porque era mi ángel de consuelo; otra, porque en ella se cifraba mi vida entera.

Al atravesar por los corredores que conducian al comedor, nos encontramos con Lord X y mi segundo padre; al verme los dos sonrieron, é imprimiendo ambos un beso en la pura frente de sus hijas, D. Mariano me dijo:

—Eres egoísta, Genaro, puesto que tu conduces á las dos estrellas mas hermosas que brillan en nuestros salones.

—¡Ah, padre mio! exclamé yo entonces, dejad que al lado de dos ángeles olvide mis dolores...

Lord X se volvió entonces á su hija, y le dijo con ternura:

—Mira Leonor, tú que siempre estás dispuesta á curar las heridas del que sufre, hazle ver á Genaro que no son tan fuertes sus desgracias; derrama en su corazon el bálsamo de la esperanza.

Leonor al escuchar las palabras de su padre, bajó la vista ruborizada, y su brazo tembló cerca del mio; yo fijé en ella una mirada ardiente y estreché su brazo.

Clara que era la única que comprendia lo que pasaba, no pudo impedirse de sonreír, al ver la turbacion de su amiga.

—¡Oh, Leonor, exclamé yo entonces en un movimiento involuntario de entusiasmo, ya veis cuáles son los consejos de vuestro padre, ¿rehusais seguirlos?

Leonor se puso encendida por el rubor; pero tomando con brío la palabra me contestó súbitamente:

—Genaro, hay sufrimientos que, aunque que-rramos, no es fácil remediarlos; mucho mas cuando por parte del que debe ser curado, no existe la docilidad... pero si puedo con mis pobres consejos y consuelos hacer ménos amarga vuestra

situacion, tendré, amigo mio, especial placer en complaceros en esto, ¿me escuchais? ¿veis cómo me intereso por vos?

—¡Ah, Leonor, sí, os escucho, os comprendo, pero lo que decís vos misma comprendéis que no es posible, que no puede tener efecto, sin embargo, en vuestra mano tenéis el único remedio que podria curar mi infortunio, y no quereis aplicarmelo, aunque os seria fácil; Clara todo lo sabe, ella es testigo de mis sufrimientos, por eso uso ante ella de la franqueza con que veis me estoy expresando.

Leonor, entónces fijó en Clara sus apacibles miradas, y con un acento bien dulce le dijo:

—¿Con que tú nada ignoras? ¡Ah, ingrata! ¿por qué no me lo habias dicho?

Clara estrechó la mano de su amiga, y se apresuró á contestar:

—Leonor, sí, es verdad, yo bien sé que Genaro te ama con toda su alma; desde el primer día en que su corazon latió por tí, he contado esos latidos, que á medida que el tiempo abanza, se acrecientan mas; ¿para qué te habia yo de hablar sobre eso, cuando eres tan cruel que no das al ménos una esperanza á ese corazon mártir?

—¿Qué es lo que me dices, Clara? interrumpió con violencia Leonor.

—Lo que escuchas, querida mia; yo te veo llena de indiferencia al lado del jóven mas guapo de nuestra reunion, de aquel que acaba de ser coronado con los laureles de la victoria, y que sin embargo, en medio de tanta gloria, es infortunado, porque tu corazon permanece insensible al fuego que consume el suyo.

—¡Ah, basta...! basta, Clara, por piedad no me atormentes más, que demaciado sufro ya!

Esa expresion arrancada por Clara, mas bien que por mí, me hizo entrever en lontananza un cielo de ventura... Sí, no era yo tan desgraciado puesto que podia influir en los padecimientos de Leonor. Si ella padecia, preciso era que experimentase por mí un principio de simpatía, y cuando ésta se introduce en el alma, es mucho lo que tenemos ya adelantado.

Leonor, despues de haber prorrumpido en la exclamacion que tanto bien me habia hecho, se quedó sumergida en la mas profunda meditacion; Clara habia sonreido con una expresion bien significativa, miéntras yo, no desprendia mis miradas de Leonor, para examinar atentamente en su fisonomía, todos los movimientos de su alma.

Quando llegamos al comedor, D. Mariano me colocó en medio de Leonor y Clara; Arturo se sentó á la derecha de esta última y me pidió per-

miso para atenderla. Por supuesto se lo dí, y un momento despues los dos amantes se entregaban á las dulcísimas conversaciones del amor, mientras que yo permanecia silencioso al lado de mi preciosa compañera, no interrumpiendo el silencio sino para servirle ú ofrecerle un nuevo plato.

Todos se encontraban animados en la mesa, todos conversaban y reian, solo Leonor y yo permanecíamos indiferentes á cuanto pasaba á nuestro alrededor; por fin me hice el ánimo de interrumpir aquel silencio, y dirigiéndome en voz baja á Leonor, le hice solo esta pregunta.

—¿En que pensais?

Ella entónces, como despertando de un sueño profundo, fijó en mi con interés sus bellos ojos y me hizo á su vez esta otra pregunta.

—Genaro, ¿qué me decia vd.?

—Bien comprendo, proseguí yo entónces, que sus pensamientos eran profundos; tenia la imprudencia de introducirme en ellos, preguntando á vd. ¿en qué pensaba?

—¡Ah! bien..... contestaré á lo que vd. desea.

—Genaro, pensaba yo en los felices dias de mi infancia..... cuando al lado de mis buenos padres no podia aun ser la causa de que nadie sufriese; entónces era yo feliz..... ¡hoy no podré serlo!

—¿Y por qué Leonor?

—Porque desgraciadamente no puedo multiplicarme para hacer á todos felices; Leonor es una, no podrá tener mas que un esposo, y para complacer al que prefiera su corazon, tendrá que presentiar el sufrimiento de otros muchos.... Genaro, vd. no puede comprender la exquisita sensibilidad que se encuentra en nuestro corazon, la mujer sufre demasiado, cuando no pudiendo hacer felices á tantos que lo merecian, se encuentra colocada en la horrible posicion en que yo me veo. ¡Compréndame vd Genaro, se lo suplico! y despues de colocarse por un momento en mi situacion, respóndame si puedo ser feliz y estar exenta de padecimientos. ¡Ojalá como Clara, uno solo fuera el hombre que hubiera pretendido mi mano, entónces cuan feliz hubiera podido ser!

—¡Ay, cuanto me hicieron sufrir nuevamente las palabras de Leonor! efectivamente, me coloqué por un momento en su posicion, y comprendí en toda su fuerza lo horrible de ella, porque mientras el corazon no se fija, todo le impresiona y le conmueve de un modo intenso.

Como Leonor me vió entregado á la meditacion, respetó por un momento largo mi silencio, mas luego al interrumpirlo me dijo.

—¿Qué le parece á vd.¿ comprende cual es mi situacion, mi estado? ¿me puede vd. juzgar feliz?

No podía yo contestar con una mentira á las preguntas francas de mi amada, de modo que aunque mis respuestas estuvieran contra mí, tuve que contestarle.

—¡Es verdad Leonor lo que vd dice! ¡siento en el alma el confesarlo, pero me gusta ser franco!... ¡es vd. tan desgraciada como yo mismo!

Brilló la gratitud en las pupilas de Leonor, y con un acento emocionado me dijo.

—¡Oh cuanto agradezco á vd. que al ménos por un momento me haga justicia, es vd. muy bueno Genaro, y su mérito en esto lo supera todo; porque haciéndose vd. mal, confiesa lo que podría perjudicarle; pero ya lo ve vd., yo tambien comprendo la belleza de esa alma, y no puede esto ménos de colocarlo en el número de mis mejores amigos.

—¡Ese nombre Leonor, por Dios no lo pronuncie vd.!

—Genaro, si como es vd. tan generoso para hacerse daño en cosas pequeñas, hiciera vd. un esfuerzo ¡cuanto bien me haria! quiero hablarle con mas franqueza; renuncie vd. á mi amor, colóqueme en su corazón en el mismo sitio en que se encuentra Clara; yo seré para vd. la amiga mas íntima y generosa, la mas tierna hermana, pero..... ¡ay! no exija vd. mas de mí! quíteme

el peso que su amor me causa, dígame que no me ama, que no sufre por mí, y entónces, ¡Genaro, recobrárá mi corazón la calma, y aun podré ser feliz, al ménos el tiempo que me resta de estar en Italia.

Cada una de las expresiones que salian de los labios de Leonor, eran puñales agudos que venian á introducirse en mi corazón, para torturarlo y despedazarlo del modo mas inhumano. Me sentia tan afectado con sus peticiones, que no pude ni aun contestarle, sino que sin verla, bajé al suelo mi frente, y permanecí nuevamente en el mas profundo silencio.

La voz de Milord que pronunciaba mi nombre, me sacó del horrible tormento en que me tenia sumergido el pensamiento; Milord decia:

—Genaro, aunque en vd. no se hace sentir, y parece no participar de la alegría en que por vd. rebosan los corazones, á nosotros, en cuyo pensamiento está vd. fijo, nos es imposible no interrumpir su meditacion para brindar en su nombre.

—Milord, contesté apresuradamente á mi buen amigo, las finezas de vds. me tienen fuera de mí, y comprendo que jamás las podré corresponder de un modo digno; pero al ménos lea vd. en mis expresiones el vivo deseo que tengo en compla-

cer á los buenos amigos que como vd., me honran con su distincion

En ese momento se impuso silencio, y Milord pronunció un brindis en el que me colmaba de elogios.

Las palabras en esos labios tuvieron para mí un doble mérito, y si he de expresar lo que siento, no hubiera cambiado ese brándis por el de todas las personas juntas que me favorecian con sus elogios. Por supuesto correspondí las expresiones de Milord de la manera mas fina que me fué posible.

Otras personas tomaron sucesivamente la palabra para brindar por mí, y yo á mi vez la tomé tambien para corresponder como era debido, á estas demostraciones.

A la una y pico nos levantamos de la mesa, y siguió de nuevo el baile. Durante él yo no bailé mucho, porque solo me complacia bailar con Leonor, pero esto no era posible hacerlo siempre; sin embargo, por disimular, varias veces me dirigí á algunas otras de las jóvenes que allí habia; entre ellas, contemplaba yo semblantes encantadores, bellísimos, llenos de frescura, de animacion, de vida, labios seductores que me sonreian con la mayor afabilidad, pero aquellas criaturas llenas de encantos, no tenian para mí el atractivo de Leo-

nor; nó,.... ¡solo ella me producía las inefables delicias, los encantos inesplicables, las sublimes emociones que proporciona el amor!

Eran ya las cuatro de la mañana, y varios habian pedido que se tocara la última pieza, Milord y Leonor habian intentado varias veces retirarse porque algunas personas habian comenzado á hacerlo, pero la simpática Clara, que comprendia que si faltaba Leonor para mí que era el héroe de la fiesta, concluiría la diversion, habia evitado siempre que Milord se fuese: no le era ya posible estar por mas tiempo, y Leonor le habia prometido bailar aquella última pieza, y no detenerse ni un momento mas. No pudiendo Clara ya usar de mayores instancias, se habia decidido á respetar su voluntad.

Leonor, como tenia pensado irse, no habia contraído ningun nuevo compromiso, de manera que se encontraba libre; Clara entónces me llamó, porque me hallaba sentado en un ángulo de la pieza con los ojos fijos en Leonor; me hizo seña de que me acercase y pronto volé á su lado: tomó ella entónces la mano de su amiga, y poniéndola entre las mias; bailad esta última pieza nos dijo, lo deseo mucho; Leonor hizo un movimiento de disgusto, de pena, no se de que, miéntras yo rebo-

zando de contento, rodí su fina cintura con mi brazo y pronto comencé á danzar.

Cuando hubimos dado una vuelta nos detuvimos, y aprovechando los últimos momentos que me restaban de estar con ella, le dije:

—¡Leonor! me va vd. á favorecer con una revelacion ¿no es cierto?

La jóven se turbó un tanto, pero luego repeniéndose, me dijo.

—No os comprendo, ¿cuál es la revelacion que debo haceros?

—Una tan solo, ¿me teneis antipatia?

—Nó Genaro, al contrario, como amigo me sois bien simpático.

¿Por qué no podeis amarme? ¿vuestro corazon no es libre ya?

Leonor no me contestó de pronto, pero despues de un momento de pausa me dijo.

—Nó, Genaro, mi corazon es aun libre.

¡Bendito seais Dios mio! exclamé yo entónces en un momento de entusiasmo; Leonor, no lo dudo, llegareis á amarme, porque jamás encontrareis en todo el universo, un corazon tan apasionado como el mio!

Ella no me respondió, pero sentí que su mano se estremecía entre la mia, y esto me alentó mas.

—Bailemos Genaro, murmuró con débil acento; no le respondí sino que enlazándola de nuevo con mi brazo, bailamos, y la pieza concluyó sin que tuviese yo mas tiempo que de decirle.

—Leonor, no se pasará un solo dia sin que yo os vea.

—Nó ¡por Dios! me contestó.

No le pude ya replicar, porque Milord se acercó para tomarla del brazo. Antes me dió un abrazo de despedida y me instó para que fuese a su casa, lo que gustoso le prometí. Los acompañé hasta la puerta, y al decirme adios Leonor, estreché con fuerza su mano.

No se tocó otra nueva pieza, y pronto la concurrencia se disolvió, siendo mis dos amigos los últimos en retirarse. Todos al partir me felicitaban de nuevo, y Arturo me dijo:

—¡Hoy Genaro, me has dado la mayor ventura.

—Sonrei con él diciéndole ¡ojalá llegues á ser feliz!

Cuando me quise retirar, D. Mariano no me lo permitió; ahora duermes aquí me dijo, y tuve que obedecer. El y Clara me llenaron otra vez de muestras de afecto y me condujeron a la pieza que me tenian destinada, donde soñé en el paraiso..... mas volvamos ya á nuestro viaje y cerremos la cartera.